

gollada la flor de nuestros guerreros, y subyugada la Mesenia... Mas no, no lo fué: la libertad se habia reservado un asilo en el monte Ira. Allí habian ido á parar los soldados que pudieron escapar de la carniceria, y los ciudadanos ansiosos de evadirse de la esclavitud. Los enemigos forman una linea de circunvalacion al pie del monte; mirándonos con espanto sobre sus cabezas, como los pálidos marineros, cuando descubren en el horizonte aquellas nubes tenebrosas, que abrigan la tempestad en su seno.

Entonces empezó aquel sitio menos célebre, pero tan digno de ser celebrado como el de Ilión: entonces se renovaron, ó se realizaron todas las hazañas de los antiguos heroes: el rigor de las estaciones se renovó once veces, sin que nunca pudiera cansar la feroz obstinacion de los sitiadores, ni el teson inalterable de los sitiados.

Trescientos mesenios, de valor distinguido, me acompañaban en mis correrías, y fácilmente rompíamos la barrera puesta al pie del monte; y llevábamos el terror hasta las inmediaciones de Esparta. Un dia, cargados ya de botín, fuimos cercados por el ejército enemigo; y le embestimos sin esperanza de vencer. Herido mortalmente perdí el uso de mis sentidos; y pluguiese al cielo que no le hubiera recuperado. ¡Qué perspectiva! al volver en mí, cielo justo!

Si repentinamente se hubiera abierto á mis ojos el Tártaro, me hubiera inspirado menos horror.

Halléme sobre un montón de muertos y moribundos, en una mansion tenebrosa, donde no se oian mas que gritos penetrantes, y sollozos sordos: estos eran mis compañeros, mis amigos, que los habian arrojado antes que á mí en una fosa profunda. Yo los llamaba: llorábamos juntos, y mi presencia parecia suavizar sus tormentos. El que yo mas amaba, ¡ó cruel memoria! ¡ó funestísima imagen! ¡ó hijo mio! tú no podrás oirme sin estremecerte; era uno de tus mas cercanos parientes. En algunas palabras que huyeron de sus labios, reconocí que mi caída habia acelerado el momento de su muerte. Estrechándole entre mis brazos, le lavaba con mis ardientes lágrimas, y no habiendo podido detener el último aliento de su vida, errante sobre sus labios, endurecida mi alma con el exceso del dolor, no encontró ya alivio en las lágrimas y sollozos. Mis amigos espiraban, uno tras otro en torno de mí. Por el acento de sus débiles voces, presagiaba el número de instantes que les faltaban de vida, y veía sin inmutarme llegar el momento que ponía fin á sus males. Al fin, oí el último suspiro del último de ellos, y el silencio del sepulcro reinó en el abismo.

Tres veces habia renovado el sol su carrera

desde que ya no me contaban entre los vivos. Inmovil, tendido en el lecho del dolor, envuelto en mi manto, aguardaba con impaciencia aquella muerte, que vendia tan caros sus favores, cuando llegó á mis oidos un ligero rumor: era un animal silvestre*, que se habia metido en el subterráneo por un conducto secreto. Echéle mano: quiso escaparse; y me fui arrastrando tras él. Ignoro el designio que me animaba entonces; porque la vida me parecia el mayor tormento. Un dios sin duda dirigia mis movimientos, y me daba fuerzas. Fui arrastrando largo tiempo por revueltas tortuosas: divisé luz: di libertad á mi guia, y continuando abriéndome paso, salí de la region de las tinieblas, y hallé á los Mesenios llorando mi muerte: al verme se estremeció la montaña con voces de alegría, y al oír la relacion de mi padecer, resonó con gritos de indignacion.

La venganza los siguió al punto: la venganza, que fué cruel como la de los dioses. La Mesenia y la Laconia estaban dia y noche infestadas de enemigos, hambrientos unos de otros. Los Esparciatas se derramaban por la llanura, como la llama que devora las mieses; nosotros como un torrente que se lleva las mieses y la llama. Por un aviso dado secretamente, supimos que

* Un zorro

los Corintios venian á socorrer á los Lacedemonios: al favor de las tinieblas entramos en su campo, y de los brazos del sueño pasaron á los de la muerte. ¡Vanas hazañas! ¡engañosas esperanzas! Del inmenso tesoro de los años y de los siglos, hace salir el tiempo, en el momento prefijado, aquellas grandes revoluciones concebidas en el seno de la eternidad; y anunciadas á veces por los oráculos. El de Delfos habia vinculado nuestra pérdida en ciertos presagios que se verificaron; y el adivino Teoclo me advirtió, que tocábamos ya en el momento del desenlace de tantas escenas sangrientas.

Un pastor, esclavo en otro tiempo de Empéramo, general de los Lacedemonios, llevaba todos los dias su rebaño á las márgenes del Neda, que corre por la falda del monte Ira. Amaba este á una muger de Mesenia, cuya casa estaba situada en la falda del monte, é iba á verla siempre que su marido estaba de faccion en nuestro campo. Una noche, que hubo una terrible tormenta, apareció repentinamente el mesenio, y refirió á su muger, atónita al verle volver, que la tempestad y la oscuridad ponian la plaza al abrigo de una sorpresa, que estaban abandonados los puestos, y que yo estaba herido en cama. El pastor, que se habia escondido de la vista del mesenio, oye esta relacion, y va corriendo á contarla al general lacedemonio.

Cansado del dolor y del trabajo, habia yo abandonado mis sentidos á las dulzuras del sueño, cuando se me apareció el genio de la Mesenia, con vestido talar de luto, cubierta la cabeza con un velo: tú duermes, Aristómenes, me dice, tú duermes, y ya las escalas amenazadoras se levantan en torno de la plaza; ya los jóvenes esparciatas se elevan por el aire, ayudados de estas frágiles máquinas: el genio de Lacedemonia me vence: yo le he visto llamar desde lo alto de los muros á sus feroces guerreros, darles la mano, y señalarles los puestos.

Despierto sobresaltado, angustiada el alma, turbada la razon, tan sobrecogido como si hubiera caído el rayo á mi lado. Me echo sobre mis armas; llega mi hijo: ¿donde están los Lacedemonios?—En la plaza, á los pies de los muros: atónitos de su audacia misma, no se atreven á avanzar. Basta, le dije, sígueme. En el camino encontramos á Teoclo, intérprete de los dioses, al valiente Manticlo su hijo, y á otros caudillos, que se reunieron con nosotros. Volad, les dije, tocad al arma, anunciad á los Mesenios, que mañana al amanecer verán á sus generales en medio de los enemigos.

Llegó el momento fatal: las calles, las casas y los templos, inundados de sangre, resonaron con gritos espantosos. No pudiendo ya los Mesenios oír mi voz, solo escuchan su furor. Las

mugeres los animan al combate, se arman ellas mismas con mil instrumentos de muerte, se precipitan sobre el enemigo, y caen espirando sobre los cuerpos de sus esposos y de sus hijos.

Por tres dias enteros se renovaron estas escenas, á cada paso, á cada momento, al resplandor sombrío de los relámpagos, y al sordo y continuo ruido del trueno; los Lacedemonios, superiores en número, toman alternativamente nuevas fuerzas en los intervalos de descanso; los Mesenios combaten sin cesar, luchan contra el hambre, la sed, el sueño, y el hierro del enemigo.

Al fin del dia tercero, dirigiéndome el adivino Teoclo la palabra, me dijo: « ¡ah! ¿de qué sirve tanto valor y tanto padecer? Se acabó la Mesenia: los dioses han decretado su ruina. Salvaos, Aristómenes; y salvad á nuestros desgraciados amigos. A mí no me toca otra cosa, que sepultarme bajo las ruinas de mi patria. » Dicho esto, y arrojándose en medio de la pelea, murió libre y cubierto de gloria.

Facil me hubiera sido imitarle; pero sumiso á la voluntad de los dioses, creí que mi vida podría ser útil y necesaria á tantas victimas inocentes, que iba á degollar el hierro. Junté las mugeres y los niños, y los rodeé de soldados. Persuadidos los enemigos á que meditábamos

una retirada, abrieron sus filas, y nos dejaron llegar pacíficamente al país de los Arcades*. No hablaré ni del designio que formé de marchar á Lacedemonia y sorprenderla, mientras sus soldados se enriquecían con nuestros despojos sobre el monte Ira; ni de la perfidia del rey Aristócrates, que reveló nuestro secreto á los Lacedemonios. ¡Traidor! convencido ante la junta de la nación, sus súbditos fueron sus verdugos; espiró bajo una nube de dardos, su cuerpo fué llevado á una tierra extraña, y se levantó una columna, que atestiguase su infamia y su castigo.

La fortuna se explicaba lo bastante con este golpe imprevisto. No se trataba ya de inclinarla, sino de medirme yo solo con ella, exponiendo mi cabeza sola á sus golpes. Tributé mis lágrimas á los Mesenios, que no pudieron juntarse conmigo; y me negué á las de los Mesenios, que me habian seguido. Querian acompañarme á los mas remotos climas; los Arcades querian partir con ellos sus tierras: deseché todas estas ofertas: mis fieles compañeros, confundidos con una nación numerosa, hubieran perdido su nombre, y la memoria de sus males. Yo les dí á mi hijo, otro yo; y sirviéndoles de caudillo, fueron á

* La toma de Ira fué el año primero de la olimpiada veinte y ocho, el año 668 antes de J. C.

Sicilia, donde estarán en depósito hasta el día de la venganza*.

* Pausanias dice, que despues de la toma de Ira, esto es, por los años 668 antes de J. C. los Mesenios, siendo su adalid Gorgo, hijo de Aristómenes, fueron á Italia, juntaron sus armas con las de Anaxilas, tirano de Regio, arrojaron á los habitantes de la ciudad de Zanclé en Sicilia, y dieron á esta ciudad el nombre de Mesena (hoy Mesina).

Esta relacion es formalmente contraria á la de Heródoto y Tucídides. Segun el primero, Darío, hijo de Histaspe, habiendo sujetado la Jonia, que se le habia rebelado, los de Samos y algunos habitantes de Mileto se fueron á Sicilia; y aconsejados por Anaxilas, tirano de Regio, se apoderaron de la ciudad de Zanclé. Esto acaeció hácia el año 495, cerca de 175 años despues de la época que señala Pausanias al reinado de Anaxilas, y á la mudanza del nombre Zanclé en Mesena.

Tucídides refiere que un cuerpo de Samios y de otros Jonios, echados de su país por los Medos, fueron á apoderarse de Zanclé en Sicilia. Añade, que poco despues Anaxilas, tirano de Regio, se hizo dueño de esta ciudad, y le dió el nombre de Mesena, porque él era oriundo de la Mesenia.

El P. Corsini, que desde luego habia sospechado que pudiese haber dos Anaxilas, ha convenido, despues de un nuevo examen, en que Pausanias habia confundido los tiempos. En efecto, es visible por muchas circunstancias, que Anaxilas reinaba en el tiempo de la batalla de Maraton, que se dió el año 490 antes de J. C. Yo solamente añado dos observaciones á las del P. Corsini.

1ª Antes de esta batalla hubo en Mesenia una sublevacion de que no habla Pausanias, y que fué parte para que los Lacedemonios no se hallasen en el combate. El éxito no fué mejor que el de las anteriores; y entonces fué sin duda cuando derrotados los Mesenios, se refugiaron á Anaxilas de Regio, y le persuadieron á que se hiciese dueño de la ciudad de Zanclé, á que despues dieron el nombre de Mesena.

Tras esta cruel separacion , no teniendo nada que temer, y suscitando en todas partes enemigos á los Lacedemonios, recorrí las naciones vecinas. Por fin, resolví pasar al Asia, é interesar en nuestras desgracias á las poderosas naciones de los Lidios y Medos. La muerte, que me sorprendió en Rodas, detuvo los proyectos, que atrayendo estos pueblos al Peloponeso, hubieran acaso mudado el semblante de esta parte de la Grecia.

Dicho esto, llamó el heroe, y descendió á la noche del sepulcro. Yo partí al dia siguiente para la Libia.

ELEGIA TERCERA.

Sobre la tercera guerra de Mesenia *.

¡Cuán penosa, cuán dolorosa es la memoria de mi patria! amarga como el ajeno, aguda

2^a Si fuera verdad, como dice Pausanias, que esta ciudad hubiera mudado su nombre inmediatamente despues de la segunda guerra de Mesenia, se seguiria, que sus antiguas medallas en que se lee *Danclé*, serian anteriores al año 668 antes de J. C., lo cual no puede suponerse si se atiende á la hechura de ellas.

* Esta guerra empezó el año 464 antes de J. C., y acabó en el de 454 antes de la misma era,

como el filo de la espada, me hace insensible al placer y al peligro. Esta mañana me levanté antes que el sól; mis pasos inciertos me han descaminado en el campo: el fresco de la auro-ra no tenia aliciente para mis sentidos. Dos leones enormes salieron de la selva vecina: su vista no me causaba espanto. Yo no los insulté; y ellos se apartaron. ¡Cruelles Esparciatas! ¿qué os hicieron nuestros padres? Despues de la toma de Ira, les distribuisteis tormentos, y embriagados con el triunfo, quisisteis que todos fuesen desdichados con vuestra alegría.

Aristómenes nos ha prometido un porvenir mas favorable; ¿mas quién podrá jamas ahogar en nuestros corazones el sentimiento de los males, de que hemos oido la historia, y de que hemos sido víctimas? Felice tú, Aristómenes, que no fuiste testigo de ellos: tú no viste los habitantes de la Mesenia, arrastrados á la muerte como malhechores, vendidos como viles rebaños: tú no viste sus descendientes sin tener que trasmitir á sus hijos mas que la ignominia del nacimiento. Descansa tranquilamente en la tumba, sombra del mayor de los hombres, y permite que yo deposite en la posteridad las últimas maldades de los Lacedemonios.

Sus magistrados, enemigos del cielo como de la tierra, dan la muerte á los rendidos, arrancándolos del templo de Neptuno. El dios irritado

hiere con su tridente las costas de la Laconia. La tierra se estremece, los abismos se abren, una de las cimas del monte Taigeto cae derrocada al valle, Esparta se desploma enteramente, y solas cinco casas quedan en pie: mas de veinte mil hombres se sepultan bajo sus ruinas; esta es la señal de nuestra libertad, exclamó á una voz la multitud de esclavos. ¡Insensatos! corren á Lacedemonia sin orden ni caudillo; á la vista de un cuerpo de Esparciatas, que juntó el rey Arquidamo, se detienen como los vientos desencadenados por Eolo, luego que se les pone delante el dios de los mares: al ver los Atenieses y otras naciones, que vienen á favorecer á los Lacedemonios, se disipa la mayor parte como los vapores de un lago á los primeros rayos del sol. Mas no en vano han tomado los Mesenios las armas en la mano: una larga esclavitud no ha cambiado la sangre generosa que corre por sus venas, y semejantes al águila cautiva, que despues de haber roto sus prisiones, se remonta hasta los cielos; los Mesenios se retiran al monte Itomo, y rechazan vigorosamente las frecuentes embestidas de los Lacedemonios, quienes por fin se vieron precisados á llamar en su auxilio las tropas de los aliados.

Allí vinieron aquellos Atenieses, tan ejercitados en formar asedios. Cimón los manda; Cimón, á quien la victoria ha coronado tantas ve-

ces con laurel inmortal: el brillo de su gloria, y el valor de sus tropas inspiran temor á los sitiados, y terror á los Lacedemonios. Hay quien se atreva á sospechar, que este hombre grande trama una perfidia: con pretextos frivolos se le incita á volverse con su ejército á la Atica, y parte: la Discordia que volaba sobre el recinto del campo, se para, preve las calamidades que iban á llover sobre la Grecia, y sacudiendo la cabeza erizada de serpientes, da ahullidos de gozo, y entre ellos profiere estas terribles palabras:

¡Esparta, Esparta, que no sabes pagar los servicios sino con ultrajes! mira esos guerreros, que vuelven por el camino de su patria, con la ignominia en la frente, y el dolor en el alma. Esos son los mismos, que reunidos poco ha con los tuyos, desbarataron á los Persas en Platea. Ellos acudian á tu defensa, y tú los has cubierto de ignominia; ya no los volverás á ver sino entre tus enemigos. Atenas, ofendida en su orgullo, armará contra tí las naciones*. Tú las sublevarás contra ella. Tu poder y el suyo se chocarán sin cesar, como los vientos impetuosos que se rompen en la nube. Las guerras abortarán guerras. Las treguas no serán mas que suspension del furor. Yo marcharé con las Euménides al

* Guerra del Peloponeso.

frente de los ejércitos : de nuestras encendidas hachas haremos llover sobre ti la peste, el hambre, la violencia, la perfidia, todas las plagas de la ira celeste, y de las pasiones humanas. Yo me vengaré de tus virtudes antiguas, y me burlaré de tus rotas, tanto como de tus victorias. Yo elevaré, y abatiré á tu rival. Te veré á sus rodillas, besando el polvo tu frente humillada. Tú le pedirás la paz, y te negará la paz. Tú destruirás sus muros, tú la hollarás con tus pies, y ambas caeréis á un tiempo, como dos tigres, que despues de haberse desgarrado las entrañas, dan el último aliento al lado uno de otro. Entonces yo te enterraré tanto en el polvo, que no pudiendo el pasajero distinguir tus vestigios, tendrá que bajarse para reconocerte.

He aquí ahora la señal patente que será garante de la verdad de mis palabras. Al décimo año del cerco, tomarás á Itomo : tú querrás exterminar á los Mesénios; pero los dioses que los guardan, para acelerar tu ruina, contendrán ese proyecto sanguinario : tú les dejarás la vida con la condicion de que vayan á gozar de ella á otro clima, y que serán puestos en cadenas, si se atreven á presentarse en su patria. Cuando se cumpla esta prediccion, acuérdate de las demas, y tiembla.

Así habló el genio maléfico que dilata su poder desde los cielos hasta los infiernos. Poco despues

salimos nosotros de Itomo. Todavía era yo niño tierno : la imagen de esta huida precipitada se grabó en mi alma con caracteres indelebles : yo estoy viendo siempre aquellas escenas de horror y de ternura que se ofrecian á mis ojos : una nacion entera, arrojada de sus hogares, vagando al acaso entre unas naciones pasmadas al ver sus desventuras, sin atreverse á aliviarlas : unos guerreros cubiertos de heridas, llevando en sus hombros á los autores de sus dias : las mugeres, sentadas en el suelo, espirando de debilidad, abrazadas con sus hijos : aquí lágrimas, gemidos, y las expresiones mas fuertes de la desesperacion : allá el dolor mudo, y un silencio horroroso. Si estos cuadros se dieran á pintar al mas cruel de los Esparciatas, un resto de piedad haria caer de sus manos el pincel.

Despues de largos y penosos viages, nos arastramos hasta Naupacto, ciudad situada sobre el mar de Crisa, que pertenecia á los Atenienses, y nos la cedieron. Mas de una vez manifestamos nuestro valor contra los enemigos de este pueblo generoso. Yo mismo, en la guerra del Peloponeso, me presenté con un destacamento en las costas de la Mesenia : asolé el pais, y costé lágrimas de rabia á nuestros bárbaros perseguidores; pero los dioses mezclan siempre un veneno oculto á sus favores, y muchas veces la esperanza no es mas que un lazo que tienden á

los desgraciados. Cuando empezábamos á gozar de una suerte tranquila, la armada de Lacedemonia triunfó de la de Atenas, y vino á insultarnos á Naupacto. Al punto saltamos en nuestros barcos: y por una y otra parte no se invocó otra divinidad que al Odio. Jamas se bañó la victoria en mas sangre impura é inocente. ¿Mas qué puede el valor mas intrépido contra la excesiva superioridad del número? vencidos y arrojados de la Grecia, como lo habíamos sido del Peloponeso, la mayor parte huyó á Sicilia y á la Italia. Tres mil hombres me confiaron su destino; y entre las tempestades y los escollos, los traje á estas playas, donde siempre resonarán nuestros fúnebres cánticos.

De este modo dió fin la tercera elegia. El mancebo soltó la lira; y su padre Xenocles añadió, que á poco de haber llegado los Mesenios á Libia, se suscitó en Cirene, capital del pais, una sedicion; y habiéndose juntado con los desterrados, los mas murieron en una batalla. Despues preguntó cómo habia sido la revolucion que le traía á Mesenia; á lo que Celeno respondió de esta manera:

Los Tebanos, acaudillados por Epaminondas, habian batido á los Lacedemonios en Leuctres de Beocia*. Para debilitar por siempre su poder,

* El año 371 antes de J. C.

y dejarlos sin que pudiesen intentar expediciones lejanas, concibió este hombre grande el proyecto de poner cerca de ellos un enemigo, que tuviese grandes injurias que vengar, y con esta mira envió á todas partes convidando á los Mesenios á volver á ver la patria de sus padres. A su voz volamos todos: yo le hallé al frente de un ejército formidable, acompañado de arquitectos, que trazaban el plan de una ciudad, al pie de esta montaña. Habiéndose acercado un momento despues el general de los Argivos, le presentó una urna de bronce, que sobre la fe de un sueño la habia sacado de la tierra, debajo de una yedra y un mirto, que entrelazaban sus débiles ramas. Epaminondas la abrió, y halló dentro unas láminas de plomo, enrolladas en forma de libro, en las que se habian trazado antiguamente los ritos del culto de Ceres y de Proserpina, y en ellas reconoció el monumento, á que estaba anexo el destino de la Mesenia, que Aristómenes lo habia enterrado en el sitio mas oculto del monte Itomo. Este hallazgo, y la favorable respuesta de los augures, imprimieron un caracter religioso á su empresa, favorecida por otra parte por las naciones vecinas, en todos tiempos zelosas de Lacedemonia.

El dia de la consagracion de la ciudad, se reunieron las tropas, y los Arcades presentaron las víctimas: los de Tebas, de Argos y de la

Mesenia ofrecieron separadamente sus ofrendas á sus divinidades tutelares; todos juntos llamaron á los heroes del pais, y les suplicaron vienesen á tomar posesion de sus nuevas moradas. Entre estos nombres, preciosos á la nacion, el de Aristómenes excitó aplausos universales. El primer día se pasó en sacrificios y súplicas: en los siguientes se pusieron, al son de flauta, los cimientos de los muros, de los templos y de las casas. En poco tiempo se acabó la ciudad, y se le dió el nombre de Mesena.

Otros pueblos, añadió Celeno, han andado errantes largo tiempo, lejos de su patria; pero ninguno ha sufrido un destierro tan dilatado como el nuestro: y sin embargo, hemos conservado la lengua y costumbres de nuestros mayores. Diré tambien, que nuestros infortunios nos han hecho mas sensibles. Los Lacedemonios habian dado algunas ciudades nuestras á extranjeros, que á nuestro regreso, han implorado nuestra piedad: quizá tenian títulos para obtenerla; pero aun cuando no los hubieran tenido, ¿cómo la negariamos á los desgraciados?

¡Ay! replicó Xenocles, ese caracter dulce y humano es lo que nos perdió en otro tiempo. Vecinos de los Lacedemonios y de los Arcades, sucumbieron nuestros abuelos, bajo el odio de los primeros, por haber hecho poco caso de la amistad de los segundos: porque sin duda igno-

rabán, que la ambicion del reposo requiere tanta actividad como la de las conquistas.

Yo hice á los Mesenios varias preguntas sobre el estado de las ciencias y artes; pero nunca han tenido tiempo de darsé á ellas. En cuanto á su gobierno actual, todavía no habia tomado una forma constante; y el que tenian en el tiempo de sus guerras con los Lacedemonios, era una mezcla de monarquía y oligarquía; pero los negocios se trataban en la junta de la nacion. Acerca del origen de la última casa reinante, se atribuye á Cresfonte, que vino al Peloponeso con los demas Heraclides, ochenta años despues de la guerra de Troya. Tocóle la Mesenia en la reparticion: se casó con Mérope, hija del rey de Arcadia, y fué asesinado con casi todos sus hijos por los principales de su corte, porque amaba mucho al pueblo. La historia ha mirado como un deber el consagrar su memoria, y de condenar á la execucion la de sus asesinos.

Salimos de Mesena, y despues de haber atravesado el Pamiso recorrimos la costa oriental de la provincia. Aquí, como en lo demas de la Grecia, se ve el viagero obligado á sufrir, á cada paso, las genealogias de los dioses, confundidas con las de los hombres. No hay ciudad, rio, fuente, bosque, ni monte, que no tenga el nombre de una ninfa, de un heroe, ó de al-

gun personage mas célebre ahora , que en su tiempo.

Entre las numerosas familias, que en otro tiempo poseian Estados pequeños en Mesenia, la de Esculapio tiene una consideracion distinguida en la opinion pública. Nos enseñaron su templo en la ciudad de Abia; en Gerenia el sepulcro de Macaon su hijo; en Feras el templo de Nicómaco y de Górgaso su nieto; honrados continuamente con sacrificios, ofrendas, y concurso de enfermos de toda especie.

Mientras nos referian muchas curas milagrosas, uno de estos infelices, próximo ya á dar el último aliento, decia: apenas nació cuando mis padres se fueron á vivir al nacimiento del Pamiso, donde dicen que las aguas de este rio son muy saludables para las enfermedades de los niños: he pasado mi vida al lado de las divinidades benéficas, que distribuyen la salud á los mortales, ya en el templo de Apolo, cerca de la ciudad de Coronea, ya en los lugares donde estoy en el dia, sujetándome á las ceremonias prescritas, sin economizar ni victimas, ni presentes; siempre me aseguraban que estaba sano, y me muero. En efecto espiró al dia siguiente.

